

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

CIEN AÑOS DESPUES

PRIM

Don Juan Prim nació en diciembre de 1814 en Reus. Su padre, don Pablo Prim, era coronel de Infantería. Su madre, doña Teresa Prats, pertenecía a la burguesía de la ciudad. Prim muere en 30 de diciembre de 1870, de resultas del atentado en la calle del Turco. Al cumplirse cien años de la desaparición de esta figura histórica parece oportuno dedicar unos momentos a evocar los matices complejos de su fuerte personalidad.

Prim era ante todo un militar profesional de entera y decidida vocación castrense. Sus primeras armas las hace contra la insurrección carlista de Cataluña y logra rápido renombre por su valor inaudito y el ascendente moral que ejerce sobre la tropa. Como todos los grandes jefes, emanaba de su carácter un aura mágica que envolvía a los soldados con una corriente de confianza y de fe en el mando del joven oficial. Gracián llamaba a esta cualidad el natural imperio. Siempre lo tuvo Prim en grado superlativo y echó mano del recurso en ocasiones dramáticas de su azarosa vida. El magnetismo de su persona y de su palabra —aún sin ser buen orador— estuvieron presentes a lo largo de sus intervenciones públicas en que arrastraba tras de sí una estela de popularidad que ninguno de sus rivales —O'Donnell, Serrano, Narváez, Córdoba, Concha— alcanzara ni de lejos. La muerte de Prim deshizo en 1870 la disciplina del Ejército abriendo el paso a las aventuras conocidas.

Su afición a la carrera le llevó a perfeccionar conocimientos y noticias sobre las novedades militares de los otros ejércitos del mundo. Admira comprobar cómo aprovechó hasta los numerosos y extendidos periodos de destierro o desgracia política para asomarse con ardiente curiosidad a los centros militares de estudio y formación de Francia, Gran Bretaña, Prusia e Italia. O tomar parte como jefe de la Comisión militar española en la guerra ruso-turca en que los guerreros del sultán le pidieron en más de una ocasión consejo y directrices sobre problemas tácticos surgidos en el terreno de la lucha. Prim era probablemente el general más al día en los problemas de evolución de las Fuerzas Armadas europeas y del pensamiento de sus Estados Mayores. Por ello, era también unánimemente respetado por sus colegas extranjeros, muchos de los cuales le conocían personalmente y mantenían con él amistosa correspondencia.

Otra característica de Prim era su sensibilidad para los problemas exteriores de España y en especial para los temas africanos y americanos. En su memorable intervención de la guerra contra Marruecos, forzada en gran medida por O'Donnell para distraer la opinión pública, tuvo siempre a flor de piel la conciencia de ser aquel conflicto una lucha limitada en que el interés de España tenía que reconocer restricciones derivadas de las demás potencias que concurrían en aquella zona y de nuestra obligada política de entendimiento con el Mogreb. Lo de América fue más profundo y decisivo. Llegó por vez primera

a la España ultramarina en 1847, cuando designado capitán general de Puerto Rico aceptó el nombramiento para evitar una persecución más directa que se convirtiese en exilio. Porque Prim disfrutó desde 1844 hasta la Revolución de septiembre de los cargos que José Félix de Lequerica llamaba, con gracejo, «periféricos». Su estancia en Madrid era motivo de obsesión para los moderados, para la Unión Liberal y, sobre todo, para la camarilla de Palacio que impidió tenazmente los numerosos intentos de aproximación política de la Reina con el general progresista. Parecía como si un triste sino empujara los hilos cruzados de la vida de Prim y de Isabel II a un total, violento y decisivo enfrentamiento.

El episodio mejicano, bien conocido, dio la talla del general, como intuitivo conocedor del mundo hispánico-americano. Su mensaje de 17 de marzo de 1862 desde Orizaba, a Napoleón III, es un impresionante vaticinio de la catástrofe que espera al archiduque Maximiliano si persistía en la aventura de inventarse un trono, en país sin tradición monárquica, con el temporal apoyo de los batallones franceses y el egoísmo mlope de las fuerzas conservadoras y de los ricos hacendados de la Nueva España como único sostén. De esa expedición española a Méjico y a través del reiterado paso por el Caribe, fue abriéndose camino en su mente la idea de buscar una solución negociada al problema cubano que ya empezaba entonces a mostrar sus primeros y alarmantes síntomas. Prim fue quizás el único hombre de estado español que conociendo la cuestión de la Gran Antilla por directa y personal observación, hubiera ofrecido desde el Gobierno fórmulas de viable autonomía que hicieran imposible las ulteriores guerras y el desastre final del Imperio de Ultramar.

Prim era también catalán de cuerpo entero. Su liderazgo nacional, que resultó ya indiscutible después del fracaso del bienio de Espartero, no le apagó la devoción profunda que guardaba a su tierra, a su sangre y a su pueblo. Tenía siempre el corazón mirando hacia el Principado y en cuantas intenciones conspiratorias se vio metido, reservaba para sí el territorio catalán organizándolo desde el exilio o desde la Península a través de la extensa red de sus agentes incondicionales que trabajaban desde Gerona hasta Tortosa. Su campaña de África tuvo asimismo en sus victorias un innegable acento catalán. Barcelona le dio en el verano de 1860 una bienvenida apoteósica que fue al propio tiempo un homenaje al Ejército. Entre las innumerables explosiones poéticas y musicales propias de la época que acogieron al valeroso luchador de los Castillejos había una, muy popular, que decía:

Detén ton pas, oh Prim!, que Barcelona
A qui una espasa tant valent empenya
Com heroi, vol honrar, de Catalunya

La revolución de septiembre iba a ser la culminación de su empeño político. Como siempre ocurre, fueron más, probablemente, los errores acumulados por los ultras de la derecha agazapados en las antesalas regias que el acierto de los activistas liberales fracasados una y otra vez desde 1864, en sus repetidos intentos, los que empujaron el proceso. Por fin, las persecuciones indiscriminadas contra los generales del unionismo y del progresismo hicieron posible la gran alianza. La muerte de O'Donnell y la de Narváez allanaron el camino. El fanatismo de González Bravo y de su Congreso adicto —en el que solamente había tres diputados de la oposición, de los que uno era Cánovas— encendieron la chispa final. En Alcolea no estaba Prim, que navegaba con la escuadra sublevada levantando las guarniciones del Mediterráneo, pero su personalidad era indiscutiblemente el alma de la sublevación. Desde que llegó a Madrid y se abrieron las Constituyentes fue verdadero jefe del Gobierno que trazaba las grandes líneas de la Constitución del nuevo Estado que los vencedores se proponían levantar.

Creía Prim en una Monarquía democrática como fórmula de progreso nacional apoyada en el sufragio universal, en las libertades de expresión y reunión, en la libertad religiosa y en la supremacía de la potestad civil. Se oponía resueltamente a la República, a la que temía como fuente de anárquicas discusiones. Su apremiante búsqueda dinástica le llevó con reiteración al duque de Aosta, por exclusión de los demás candidatos, vetados por otras potencias. ¿Qué hubiera pasado si el príncipe Alfonso de Borbón tuviera entonces cinco años más? ¿Habrían logrado entenderse Prim y don Antonio Cánovas en un programa de liberalismo templado sin camarillas palaciegas? ¿Era viable una auténtica Monarquía democrática en la España de 1870, analfabeta en gran parte y de bajísimo nivel medio de vida? ¿Tenía el partido progresista apoyo numérico suficiente en la población del país para consolidar el audaz ensayo amadeísta?

Los trabucazos de la jornada del 27 de diciembre acabaron con la vida de Prim en el momento de su apogeo, dejando sin respuesta muchas preguntas. La que más apasionó a la opinión fue averiguar quiénes habían realizado o inspirado el crimen. Un notable jurista actual, Antonio Pedrol, ha efectuado exhaustiva y penetrante investigación procesal sobre el manoseado tema. De su estudio se deduce que había muchas gentes interesadas en que Prim desapareciera de la escena política y otras cuantas que trataron con éxito de borrar las huellas del magnicidio. A Prim lo mató esa parca hispana de verdosa tez que tantas esperanzas siega. Fue su asesinato como un Fuenteovejuna de envidias que estalló de repente en la noche glacial del invierno madrileño.

José María DE AREILZA

LA MEMORIA DE LOS VIVOS PRECAUCIONES CONTRA EL OLVIDO

EN principio, está eso de la muerte. Ya es bastante fastidioso tener que morir, desde luego. Pero quizá no deja de ser una propina de amargura lo que viene enseguida: la perspectiva ineluctable de caer en el olvido. Nada resulta tan fácil de olvidar como un difunto. Todo es cuestión de grados, por supuesto: de tiempo y de afectos. La memoria de los vivos no suele caracterizarse por una especial fidelidad a quienes se fueron al otro mundo. La parentela inmediata aguantará más o menos, según los casos: los amigos —y los enemigos—, mucho menos, sin duda; y el resto, nada, o casi nada. En este «resto» van implícitas las probables referencias que comporta la categoría social de extinto: clientes, discípulos, admiradores, súbditos, lectores, criados, víctimas, arrendatarios, acreedores, simples vecinos. El «recuerdo» a la larga, se deteriora, languidece, acaba por difuminarse. La naturaleza —lámémoslo así— se encarga de ello: un «recuerdo» persistente se convertiría en obsesión y paralizaría hasta al más pintado. El olvido forma parte de la salud. Y las excepciones sólo son excepciones, claro está. Todavía hay alguna señora que acude a poner flores a la tumba de Rodolfo Valetino, si a eso vamos.

Sea como fuere, a nadie le gusta imaginarse un «final» tan desastroso: imaginarse a sí mismo en tales hipótesis. La cosa data de antiguo, como es bien sabido. La afición de la gente a prepararse sarcófagos suntuosos y duraderos, a obtener nombradías condecoradas, a conseguir que se les cite en letras fijas, de epigrafía pública, ha sido constante, en el curso de la historia. Piensen ustedes en los Faraones, sin ir más lejos. Los Faraones fueron unos individuos muy preocupados por el énfasis de su posteridad, y amontonaron piedras, inmensas cantidades de piedra, y arte, y oro, y todo lo demás, para exorcisar el tremendo riesgo del olvido. Algunos de ellos se salieron con la suya, finalmente, gracias a la complicidad de los arqueólogos y de los planes de bachillerato. Un fularo llamado Mausoleo se hizo confeccionar un

sepulcro tan espléndido, que ha servido de etimología para cierta ilusión de los que vinieron después. Las construcciones funerarias son, por lo general, el trámite más usado para estipular la tentativa. No importa que el proyecto sea del propio interesado, o de su viuda, o de sus deudos y paniaguados. La idea sigue siendo la misma. No varía el temor de base: el olvido. Al fin y al cabo, se trata de un «sentimiento» difuso, compartido por todos: los supervivientes cuidan de remediarlo, cuando falló la previsión del muerto.

Naturalmente, el asunto se plantea, sobre todo, a nivel de personas distinguidas. Las multitudes resignadas también intentan «memorabilizarse», pero sus medios no les permiten demasiadas fantasías. En términos de cementerio, una modesta lápida no es suficiente, si a tanto se llega, para creer que se elude la tristeza de un definitivo anonimato. De todos modos, la masa subalterna no alimenta muchas aspiraciones en este punto. Sabe de antemano a qué atenerse, y ya se ha hecho las cuentas. El reconocimiento es privativo de los «grandes». Lo es, cuando menos, en su fase más enérgica. Y no hará falta subrayar por qué: es el argumento de las «Danzas de la Muerte», tan difundidas en la Edad Media. La Parca se cierce sobre la población entera como el más implacable de los raseros. Nadie escapa a su gesto, y, una vez convertidos en cadáver, todos son iguales, el papa y el artesano, el rey y el labriego, el letrado y el indiocto, la guapa y la fea, el rico y el mendigo, el atleta y el tullido, el cristiano y el moro, el juez y el reo... Pasto de los gusanos, o de la incineración, el frío residuo corporal constituye una sarcástica objeción a los orgullosos jerarquías de la sociedad. Los versos de las «danzas» medievales propalaban esta advertencia vengativa de «los de abajo». Y la convicción debe de haber sido general en todas las épocas. No ha de sorprendernos pues, que se haya hecho todo lo posible para burlarla o mitigarla a través de procedimientos ornamentales.

No sólo era una cuestión de pompa —de pompas fúnebres—: era, también, y más que nada, un esfuerzo encaminado a paliar el olvido inflexible. Los poderosos siempre desearon ser enterrados bajo mármoles indicativos y con inscripciones solemnes. Tengamos presente, además, el factor mítico o mitologizante que se interfiere en la maniobra: es un determinado tipo de «grandeza» lo que quiere perpetuarse. Esto vale tanto para las pirámides de Egipto como para la urna del Kremlin donde yace la momia de Lenin, pasando por el Escorial. Las mismas «tumbas del soldado desconocido» no son nada más que la reducción a símbolo de esa necesidad de «mitos», concretada precisamente en el simulacro sepulcral. Y, ya en un terreno menos lúgubre, convendrá añadir al recuento la variada gama de «monumentos» que, con dedicatoria expresa a personajes, decoran a las ciudades cultas. Esculturas alegóricas, figuras ecuestres, bustos severos, bajorrelieves, fuentes, el nomenclátor callejero, los rótulos de escuelas, hospitales o estadios: todo tiende a ser «conmemorativo», es decir, rememorador. Se pretende, se continúa pretendiendo combatir al olvido. ¿Qué poeta, qué subsecretario, qué músico, qué filán, tropo, incluso qué alcalde pedáneo, no sueña, por lo menos, con dar su apellido a una vía pública?

A menudo, estas inocentes —o no tan inocentes— martingalas reciben el nombre de «gloria». La «gloria» no es más que el honor postumo relativamente prolongado. O sea: una especie más, halagüeña y con tintes objetivos, del «recuerdo». Por descontado, no todas las actividades humanas se prestan a ella en la misma medida. El barrendero, el contable de banco, la chacha, el pescador, el minero, el agente de seguros, el hortera, carecen de probabilidades en tal sentido, a diferencia de lo que ocurre con los estadistas, los escritores, los estrategas, los capitanes de industria, los obispos, los genios de la cátedra o del laboratorio, y etcétera. Son gajes del oficio. Para muchos de los virtuales beneficiarios de la «gloria», la preferencia

se inclina por el papel impreso. Estoy seguro de que, debidamente consultados, la mayoría escogería como vehículo de su particular «memoria», antes que el bronce de un monumento, el plomo de las linotipias. A la gente le encanta ver su nombre en letras de molde: se ve «recordada» por mediación de la imprenta, con un alcance quizá generoso. La «gloria literaria» no pasa de ser una sucesión de artículos de periódico, de monografías, de tesis doctorales y, si hay suerte, de reediciones de las obras del protagonista. En fin...

Hay quien se ríe de estas veleidades. Los temperamentos propensos al escepticismo no ven en ello más que vanidad. Frente a una «gloria» eventual, propia o ajena, se limitan a encogerse de hombros, y a murmurar algún proverbio insolente. Algo así como: «A burro muerto, la cebada al rabo». Nuestro paso por este valle de lágrimas es una incidencia insignificante: no hay que darle vueltas al asunto. Y el olvido es su ley, entre otras cosas bastante peores. El cínico confesaría sin remilgos su confianza en «consumir» los «honores» en esta vida, y renunciaría a los que se le otorgasen a partir de su féretro; el cándido se contentará con lo que caiga, y tampoco se inquietará demasiado por lo que ocurra después. En todo caso, el olvido es lo previsible: rápido o lento, pero total. Ni siquiera las estatuas ni los discursos de centenarios sirven de mucho para mantener la «memoria» de los difuntos: de los egregios. Las generaciones se sustituyen unas a otras, y en la transición olvidan cuanto pueden. Es natural. Sólo los mitos resisten, «et pour cause»; perc esto es otra historia. Con los años, hasta los pantecnes más preciosos se desmoronan. A lo sumo, un pedazo de alguno «memorable» por otras razones, encontrará refugio en esos lividos asilos de ancianos de la cultura que son los museos...

Joan FUSTER

NUEVOS HECHOS SOBRE LA PERDIDA DEL CABELLO

La primera y más grande Organización Internacional. 60 Sucursales, fórmulas y productos exclusivos registrados. Nuestros Institutos han sido muchas veces imitados, pero nunca logrados.

Queremos informarles que existe el tratamiento de higiene capilar adecuado para conservar y conseguir que el cabello fino y parcialmente atrofiado se vigorice.

El tratamiento de higiene capilar Akers-I. C. Internacional constituye un gran avance en el campo de la ciencia cosmética aplicada en la renovación del cabello caído precozmente o debilitado.

Cada caso de calvicie prematura o de pérdida periódica de cabello tiene unas características particulares y debe ser tratado conforme a las mismas.

Sólo nos resta añadir, que el Instituto Capilar Internacional está bajo control médico, conforme lo establecido por la ley. Usted puede tener plena confianza en todos los tratamientos cosméticos hechos en nuestro Instituto. Visítenos hoy mismo o reserve hora por teléfono

INSTITUTO CAPILAR INTERNACIONAL

Método AKERS I C Internacional
Únicos Institutos auténticos en España
Avda. José Antonio, 634, 10.º, Dep. A, B, C,
esq. P.º de Gracia. T. 231-70-82. Barcelona
Avenida José Antonio, 62, 7.º, Dep. 5
Teléfono 248-22-48. Madrid

Edificio Eurotodo, 8.º Tel. 21-22-47. Valencia
Diputación, 4 bis, 5.º Teléfono 21-93-99. Bilbao

Consultas:
Lunes a viernes, de 10 a 20 horas
Sábados, de 10 a 18 horas
Dr. M. Píera - D. Torrella
Dirección Médica, Dr. Francisco Tarre
Institutos en Londres, París, Niza, Marsella,
Berlín, Hamburgo, Munich, Viena, Zurich y
Ginebra

TAMBIEN PARA PERSONAS QUE RESIDAN FUERA C. P. S. 179

